

¿Qué revelan hoy los premios en la cultura?

CARLOS GRANÉS



PARAFRASEANDO LA VIEJA FRASE del *Manifiesto comunista*, podría decirse que un fantasma recorre los campos culturales en Occidente. Acecha en el arte, en el cine, en la música, en la literatura, y aunque por lo general es difícil de percibir, hay instantes en los que gana contorno y se hace aprehensible. Esos momentos son las premiaciones con las que cada campo cultural se celebra a sí mismo y elige, entre la marabunta inasimilable de creaciones, aquellas que merecen especial atención del público.

Entre las películas finalistas a los Óscar de 2019, por ejemplo, había tres que abordaban temas raciales, una sobre el servicio doméstico mexicano, otra sobre un inmigrante de Zanzíbar, homosexual y enfermo de sida que triunfa en la música, Freddy Mercury, y una más sobre el poder y las relaciones lésbicas en la corte de Ana de Gran Bretaña. La ganadora, *Green Book*, contaba la predecible historia de un italoestadounidense que supera

sus prejuicios racistas y se hace amigo de un músico negro.

Otro ejemplo. La Bienal de Venecia, que acaba de abrir sus puertas, otorgó el León de Oro al pabellón de Lituania por una performance que aborda uno de los temas más recurrentes en el arte actual: el cambio climático. El premio a la mejor obra individual lo ganó el artista afroamericano Arthur Jafa por *White Album*, una película ensamblada con trozos de videos musicales, clips virales y otras imágenes recicladas, que examina la experiencia de la población negra de Estados Unidos y el racismo que circula en los medios de comunicación.

La música no se queda atrás. El Festival de Eurovisión, emitido hace una semana, cumplió con los pronósticos y premió a Duncan Laurence, un joven holandés que la prensa presentó como una víctima del acoso escolar que encontró refugio en la música. El segundo puesto fue para el representante italiano Mahmood, hijo de padre egipcio, que llegaba al Festival arrastrando la polémica que ocasionó un tweet del xenófobo primer ministro Matteo Salvini, en el que revelaba su malestar por la elección de tan heterodoxo candidato como representante de Italia.

Y un ejemplo más, este del campo literario. El Man Booker International Prize, un importante premio que selecciona las mejores novelas traducidas al inglés, tuvo como finalistas a cinco mujeres y a un solo hombre, un hecho sin precedentes, que culminó hace tres días con otro hecho excepcional. La ganadora fue Jhoka Alharthi, una escritora de Omán.

¿Cuál es entonces ese fantasma que gana visibilidad cuando se seleccionan las obras que deben acaparar la atención del público? Parece claro. Ese paradigma que expresa una preocupación o una especial sensibilidad por las identidades minoritarias, el medio ambiente, la reivindicación de la mujer y de las víctimas de cualquier abuso, y que hoy conocemos como corrección política. El mundo de la cultura ha absorbido este discurso y ahora planta cara a las inequidades, a los estupro y a los males del mundo. La cultura se ha vuelto buena, bienintencionada. Sigue premiando la calidad artística, pero ese elemento, por sí sólo, ya parece no ser suficiente. El arte, de alguna forma, debe ser ejemplar.

Y mientras tanto, los políticos ultras —Trump, Bolsorano, Salvini, Orban— triunfan burlándose de todo esto.

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia
 Comutador: 4232300 Fax: 4055602
 Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
 Línea de servicio gratuita nacional 018000510903 Redacción: 4234822
 Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita nacional 018000510903 Publicidad:
 Caracol Unidad de Medios: 4232300
 ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

¿Por qué la planeación es importante para la ciudad?

En estos meses se ha sometido a discusión, quizás, el más importante instrumento de planeación del que puede disponer la capital colombiana: el Plan de Ordenamiento Territorial. Lamentablemente, estas discusiones no han trascendido los círculos políticos o económicos ni del sector académico. Ni siquiera los medios de comunicación hablan del tema, y si lo hacen, lo hacen con una brevedad que lo condena a la irrelevancia. Los candidatos a la Alcaldía mayor tampoco han hecho pronunciamientos al respecto, algo realmente problemático. Eso lleva a la pregunta: ¿por qué la planeación es importante para la ciudad? Porque define y determina muchas cosas que son tan cotidianas que solo pasan inadvertidas. No existe la planeación urbana ideal ni existe el modelo urbano ideal, pero si este ejercicio político se hace intentando representar las voces y los intereses de todos los sectores de la sociedad, puede garantizar casi todo lo que se nos puede ocurrir en la infinita imaginación: escuelas donde los niños pueden ver el mundo con otros ojos y hospitales cerca de nuestros hogares que den una esperanza de vida; un sistema de transporte eficaz y humano; parques, plazas, andenes y otros espacios públicos de calidad que refuerzan los lazos comunitarios; protección del patrimonio, algo que representa lo que somos, de dónde venimos y hasta dónde hemos llegado; y la tan necesaria sostenibilidad ambiental, que va a perpetuarnos como especie. Con la enorme trascendencia de que goza este asunto, entonces, ¿por qué nadie habla de ello? Hay varias razones. Su complejidad impide su entendimiento por el conjunto de la gente, lo que se presta para cualquier arbitrariedad por parte del Gobierno y las empresas de construcción, y los esquemas de participación suelen convertirse en simples reuniones en las que casi todas las personas deben estar de acuerdo sin ninguna consideración. Al ser un modelo de largo plazo no les interesa a los políticos, pues a muchos de ellos no les interesa la ciudad, sino los resultados de las elecciones y lo que vendrá después. Y muy factiblemente no se traduzca en audiencias o lectores en los medios de comunicación. Los urbanistas y planificadores tampoco hemos contribuido a ello. Es importante que estos debates se den, que la gente sea escuchada, que no se actúe bajo la dictadura económica, sino teniendo en consideración a los que nos rodean y, sobre todo, que el ordenamiento territorial sea destinado no solo para crear entornos amigables con el ser humano y el medio ambiente, sino también como un instrumento de empoderamiento y unificación de toda la sociedad.

Eduardo Meza Cuesta, politólogo.
 Maestría en Urbanismo,
 Universidad Nacional de Colombia.

Envíe sus cartas a
lector@elespectador.com

DE LABIOS PARA AFUERA



“El presidente de la República está encartado con tanta mujer que tiene como ministra”.

Guillermo Rivera Millán, exsenador y presidente del Partido Conservador en Santa Rosa de Cabal, Risaralda, explicando por qué prefería no avalar a ninguna candidata a la Alcaldía de ese municipio. Millán también dijo: “Me tienen loco con las mujeres. Yo las quiero mucho, pero no más, pues. Como administradoras me parecen funestas”. El Partido Conservador emitió un comunicado para desautorizarlo.

Betto



“Santrich”

“Sólo el poder corrupto teme a una prensa libre”

CLAUDIA MORALES



DAVID GROSSMAN, UN ESCRITOR DE Israel, tiene varias ideas sobre ese pedacito de tierra al otro lado del mundo que se parece mucho a Colombia. En una entrevista, afirmó: “Hay un dicho en mi país: cuanto más falla un político, más popular será”.

Así es: vemos referentes políticos negativos aplaudidos por públicos obtusos sin importar qué tan mediocres son, cuánto faltan a la ética y cuántas mentiras dicen. Es la gente que muy hábilmente se encargó de normalizar la violencia en todas sus formas. Y eso es tremendamente popular.

La salida del país de Nicholas Casey, periodista de *The New York Times*, y de Federico Ríos, fotógrafo colombiano para varios medios internacionales, me produce rabia y vergüenza, pero a los ciegos seguidores de los políticos manipuladores, y a otros que tienen por oficio destruir todo lo que tenga la palabra periodismo, les ha parecido que se lo

merecen porque, como dijo una congresista con cuyo nombre no mancho este texto, estaban “de tour” con la guerrilla.

A esa señora, a su bancada y a su jefe político no les puedo pedir que lean, ni que visiten museos, o que entiendan las dinámicas de la reportería de campo. Pero a las audiencias sí, porque creo en la capacidad de cambio de otros seres humanos. Por eso les sugiero: antes de imitar a un político, formen su criterio, busquen qué reportajes ha escrito Casey, qué trabajos ha hecho Ríos y luego respondan si es justo que tengan que irse.

Un adelanto: Federico ganó el Premio Especial del Jurado Days Japan 2017 y el primer lugar en el Hansel-Mieth-Preis 2019. Y si no fueron, se perdieron de una conmovedora exposición que presentó el año pasado en el Museo de Antioquia. Su cubrimiento es amplio y arriesgado, y tiene lo que logran tantos colegas valientes: deja memoria, esa que tanto disgusta a los déspotas.

Sin buenos reporteros no hubiéramos conocido el Proceso 8.000, la suerte de los desaparecidos del Palacio de Justicia, la Operación Orión, Interbolsa y Reficar, las ejecuciones extrajudiciales, las interceptaciones ilegales del DAS, Saludcoop, los robos al PAE,

los detalles de Odebrecht, los *Panama Papers*, para citar sólo 11 ejemplos de miles.

Y las fuentes de muchos casos se protegen aquí y en cualquier lugar del mundo porque de eso depende la vida de ellas e incluso del propio periodista. Para el caso del *Times*, la evidencia fue una directriz del Comando del Ejército que, de no haber sido por el periodista y sus fuentes bien cuidadas, no conoceríamos y sin la cual no podríamos probar que volvimos a lo que tanto temíamos.

“La semana pasada hostigaban a María Jimena Duzán; a Mauricio Lezama lo asesinaron mientras grababa un documental en Arauca; a Laura Ardila la amenazaron gravemente. En el cubrimiento de *Santrich* varios periodistas fueron agredidos; a Efigenia Vásquez, periodista de Puracé, la asesinaron en octubre de 2017. La lista de periodistas víctimas es larguísima pero no pasa nada”, dice para esta columna Federico Ríos.

Tres países de Suramérica están en la lista roja de Reporteros sin Fronteras: Colombia, Venezuela y Bolivia. Esto demuestra, como lo dice Ríos, que “sólo el poder corrupto teme a una prensa libre”. Esa es la libertad que hay que defender y para eso tenemos que sacudirnos el veneno de los políticos vulgares.